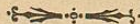


tituto; no tendréis tanta gloria como los que vendrán después, pero tendréis más mérito; vuestros sucesores vivirán con el fruto de vuestros trabajos y sacrificios, mas vosotros vivid de puro amor á Dios é inmolao por vuestra obra: ¡mejor es el Calvario que el Tábor!

Si todavía hay en vuestra congregación cosas indecisas, á medio brotar, poco ordenadas, humildes y pequeñas, amadas; gloria vuestra será no haber sido nada, no haber figurado, y haber servido á Dios y á vuestra obra en las dificultades de la formación.

Tenéis la gracia del tiempo actual. Nuestro Señor, que se manifiesta en el Santísimo Sacramento para salvar al mundo, obrará sobre el pueblo por vuestra mediación. Sabed que el mundo tiene que ser reconstituido por los miserables; porque la mayor parte de los que figuran á la cabeza de las letras, de la ciencia y de los que descuellan por su posición social, están gangrenados por el vicio ó extraviados por el racionalismo y la indiferencia: casi tan poco sirve la fortuna como el vicio.

Por otra parte, el odio de los pequeños, de los que sufren sin Dios, amenaza devorarlo todo con un incendio espantoso, y urge extinguir ese odio, amasar nuevamente ese barro del pueblo é inhalarle el soplo de Jesucristo; es preciso reducir los pobres á Dios y hacer que Dios sea devuelto á los pobres: esa es vuestra misión. ¡Buscad, buscad á los pequeños y dadles á Jesucristo, su Hermano, su Padre y su Salvador!



EL REZO

Su necesidad y su carácter.

Oportet orare, et numquam deficere.
«Hay que orar sin cansarse.»

EL rezo, el rezo incesante, ó, de otra manera, el hábito de rezar es necesario á todo cristiano; por lo cual todos han recibido la gracia de él en el bautismo, y el Espíritu Santo nos inspira que clamemos á Dios: *Abba. Pater*: ¡Padre, Padre!—Este es el don, la gracia y el poder de todos: por manera que nada bueno podemos hacer, ni practicar virtud alguna sin el rezo que nos consigue la gracia del bien y de la virtud; porque el rezo está en el fondo de todas las virtudes, y la misma fe, principio de la justicia, no es sino la práctica del rezo.

Por eso el Profeta daba gracias á Dios porque en medio de sus tribulaciones y caídas le dejaba la facultad de rezar, y decía: «¡Bendito sea el Señor que no apartó de mí ni mi plegaria ni su misericordia!»: *Benedictus Deus, qui non amovit orationem meam*

et misericordiam suam a me, como identificando el poder pedir y el obtener misericordia. Comprendía la importancia del rezo y que rezar es poseer el corazón de Dios y la salvación del alma.

No hay más sino que es preciso rogar con confianza, y la confianza ha sido depositada en nosotros por el mismo Espíritu Santo; él es quien nos da el espíritu de hijos de adopción, esa confianza de hijos que nos mueve á dirigirnos á Dios como á nuestro Padre, y que ha sido depositada en nosotros como un don permanente y un hábito que debemos desarrollar.

Pasa en la gracia lo que en el orden natural; el niño es esencialmente pediguieño, de modo que para él es una necesidad el pedir á su madre, el dirigirse á ella para conseguir todo lo que necesita, y lo hace con fiadamente: es una de las manifestaciones de su amor. Desolada quejábase una madre de que su hijo nunca le pedía cosa alguna, de lo cual infería que no la amaba, y tenía razón.

Pedid, pues, á Dios infinitamente bueno; ejercitad su bondad: ¿en qué empleará las gracias de que están llenas sus manos, si vosotros no se las pedís? Aquí tenéis una idea buena y fecunda en resultados: conviene no dejar que descansa la bondad de Dios, ocuparla activamente en distribuir gracias, pidiéndoselas con confianza. Siempre queremos ir á Dios por medio de nuestras miserias; por más que en presencia de Dios nadie podría pasarse de humilde. Pero sin embargo, no permanezcáis demasiado en vuestras hondonadas, pensando que, aunque pecadores, sois siempre hijos, y que Él es Padre; no siempre, por lo tanto, hagáis el papel de los mendigos que gimen en la puerta manifestando sus mise-

rias: recordad vuestro título de hijos, el más hermoso y el más potente de vuestros nombres.

Fortalecidos con esta confianza, dirigíos á María: «Buena Madre, confiado vengo á Vos, porque me debéis el ser Reina de misericordia.»

Decid á JESUCRISTO: «Señor mío, que tanto habéis padecido por mí, no dejéis perder el fruto de vuestros sufrimientos, y Vos mismo aplicádmelos abundantemente.»

«¡Oh Jesús! Habéis adquirido tesoros de méritos y no tenéis deseo mayor que el de hacerme partícipe de ellos; dejaos llevar de la tendencia de vuestro corazón; salvadme, dadme á vuestro Padre; yo seré el trofeo de vuestro triunfo y brillará más y más vuestra gloria. Por vuestro nombre y vuestra gloria, escuchad mi ruego.»

El ruego en este caso es omnipotente; en vez de basarse en nuestra miseria, toma su punto de apoyo en Dios mismo; y en vez de ser una contemplación fatigosa de nuestras miserias, transfórmase en combate de amor. Tal es el don de rogar.

II. Muchos dicen: «Yo no sé rezar, y aunque haya recibido ese don en el bautismo, no sé ejercitarlo.»

En este pretexto hay mucha ilusión. No es el rezo una montaña que haya que repechar, sino que es mucho más sencillo que todo eso el procedimiento que hay que seguir. Rezad, pues, con vuestra gracia actual, con vuestra gracia de estado; rogad por vuestros títulos de religioso, de sacerdote; presentaos tales como sois, servíos de vuestros escasos medios, de las facultades, sean como quieran, que os ha dado la bondad de Dios.

Yo pudiera deciros que vuestro estado, como religioso, es un estado, una profesión de súplica; per-

feccionémonos, pues, en nuestro oficio. Los que viven en el mundo tienen un talento maravilloso para perfeccionarse en sus oficios, cualesquiera que sean; inventan sin cesar, abrevian el tiempo de la fabricación, tórnala menos costosa y molesta, continuamente hermosean y aumentan la comodidad. ¿Sere-mos nosotros los únicos que siempre permaneceremos torpes en servirnos de los instrumentos de nuestra profesión? ¿Nunca acertaremos á decir más que *Padrenuestros* y *Avemarias*? ¿Se limitará de continuo toda nuestra meditación al examen de nuestra conciencia, á la cuenta de nuestras faltas, á mirar y recitar nuestras miserias?

Pero importa convertir el rezo en una virtud práctica, virtud de todos los momentos, cuyos actos nos sean fáciles y como naturales. Nada hay que supla á esta virtud. Á tal rogar, tal vivir: *ille recte vivere novit, qui recte novit orare*. Si rezáis mal, será pobre vuestra vida religiosa; nada marchará bien y no pasaréis de ser un obstáculo para vuestro superior. — Es menester que este ejercicio sobrepuje á todos los demás en el fervor y la constancia. Los rezos de regla, que son los primeros é indispensables, de ordinario no bastan á mantener el fervor de la vida interior, ni se practican sino á intervalos regulados; pero es el caso que nunca hay que dejar de rezar. Por eso, en la práctica, conviene siempre tener algunos rezos suplementarios, por ejemplo, alguna novena sobre la profesión; alguna devoción conforme al tiempo ó á los estados del alma: así proceden los Santos. — Además, es menester variar el mismo rezo, dirigiendo la intención, ya sobre un punto, ya á otro, porque lejos de ser ventajoso, fuera hasta arriesgado el querer añadir siempre nuevas

fórmulas de rezo á las antiguas. — Mas el variar la intención del rezo no habrá de hacerse sino en conformidad con las circunstancias. Almas sencillas hay que con su rosario consiguen todas las gracias, y son esclarecidas con singulares luces en todas sus situaciones; es que saben aplicar su intención.

Al rezar hay que tener un talento inventivo; importa adquirir la facilidad de formar uno mismo su rezo, el cual así hace milagros, porque sale de las profundidades del corazón, del corazón sobrenaturalizado por la presencia de la caridad, de la gracia del Espíritu Santo. — Veamos: vanamente nos atormentamos por encontrar medios de rogar, como si el rezo tuviera que ser producido por nuestro ánimo y nuestro corazón naturales. No sé qué orgullo es ese que intenta persuadirnos que nosotros somos los que debemos rogar, y por eso juzgamos que es preciso realizar extraordinarios esfuerzos. ¡Ah, no! ¡Es el Espíritu Santo quien quiere pedir en nosotros! Por nosotros mismos somos incapaces de ello, pero el espíritu de Jesucristo, que en nosotros reside, quiere ayudar á nuestra impotencia y rogar con sus gemidos inefables. ¡Haced, por consiguiente, que ese espíritu de amor hable y ruegue; el ruego que de él procede es la buena y verdadera plegaria del corazón, la que penetra en los cielos y todo lo consigue! — ¡No olvidéis, pues, que el rezo es mucho más sencillo que como el demonio nos lo representa! Callarse, destruir el obstáculo para dejar que el Espíritu Santo ruegue, y unirse al ruego que en nosotros hace: he aquí en qué consiste el ejercicio y la virtud de la súplica.

III. Ahora bien: sed constantes en rezar y en ejercitaros en esta virtud tan necesaria.

Rezos hay que no han de abandonarse fácilmente; viejas fórmulas de la niñez, cuya virtud consiste en la antigüedad: esas son en cierto modo parte de nuestra alma. Conservadlas siempre que no hagan harto pesado vuestro bagaje.— Con mayor motivo huid de adoptar todos esos rezos nuevos que por todas partes se multiplican y que todo el mundo se pone á componer; mas sobre todo tened cuidado con las oraciones compuestas por mujeres, pues invaden las avenidas de la piedad, no siempre están exentas de error, ni es de continuo perfecta su ortodoxia; tiene en ello harta parte la imaginación.— ¿Consentiríais que vuestras oraciones, que constituyen vuestra conservación y medio de íntima unión con Dios, estuviesen formadas de errores sobre la fe? En la práctica enseñad y someted todos los rezos nuevos á vuestro Superior, cuya gracia discernirá lo verdadero de lo falso, y qué es lo que os conviene elegir en medio de tantas viandas insubstanciales y engañosas.

No pongáis toda vuestra confianza en los libros de oraciones, pues aunque sin duda son buenos y útiles y sé que ayudan, también fomentan mucho la pereza.— Os digo esto por el respeto que merecen cosas tan sagradas como son vuestra oración, vuestras relaciones íntimas con Dios. ¡Son tantos los iluminados actuales que se tienen por alumbrados de Dios, á quienes únicamente la fascinación de su imaginación engaña y mueve á profetizar, sin haber recibido sus profecías del Espíritu Santo!

Rogad por vuestra gracia de fe, ¡ah! sí; pedid por la fe, por la sumisión á la voluntad de Dios, por la adoración de su ser, de sus grandezas, bondades y bellezas: ¡ahí tenéis lo que no está sujeto á ilusión!

Rogad por vuestro corazón y colocad bajo los rayos de la gracia y del amor vuestra súplica, vuestros sentimientos, todo lo que sale de vuestro corazón. Por los rezos vocales, nunca posterguéis los de la regla; mas no tengáis otros muchos.

Rogad también por vuestra mente, sometiéndola á la gracia del Espíritu Santo, del Espíritu de oración; formad en vosotros algo así como una creación perpetua de buenos pensamientos; pero agregad á ellos el afecto, porque la mente sola no tardaría en vacilar en su trabajo y pronto se cansaría.

Los Santos son admirables en sacar de todo y de todas partes afectos de oración, y la razón de ello es que están en Dios, lo ven todo en Él y todo lo lleva á amarle; el ruego es su aspiración y su respiración; el movimiento de su afecto hacia Dios no padece interrupción; de este modo realizan el *oportet semper orare*.

No siempre se puede tener pensamientos nuevos; pero dirigid siempre el propio afecto hacia Dios, pues el corazón se alía con todas las facultades y se aplica á todas. Con su incesante ruego, los Santos hallaban tiempo para componer obras magníficas, recorrer el mundo y ser infatigables en su ministerio; orando con su corazón y con su afecto, convertían todos sus trabajos en deprecación.

Para llegar á ese punto, hay que desearlo y pedirlo con instancias á Dios, como la gracia de las gracias; hay que ejecutar en esta materia actos frecuentes, revistiéndolos de sanción exterior que nos recuerde nuestra resolución, y valerse de algunos signos exteriores que despierten nuestra atención.

El religioso que reza es un santo ó llegará de seguro á serlo: el que no, nunca hará cosa de prove-

cho. Cuando se trate de recibir á un postulante, estudia atentamente si el rezo para él es causa de atracción y de amor; si es así, recíbele sin temor, aunque estuviere enfermo ó imposibilitado; porque esos imposibilitados que rezan son pararrayos á la vez que apóstoles que salvan al mundo; en cambio, nada se lograría con los otros, aunque les hubiesen tocado en suerte las más bellas cualidades naturales.



LA ORACIÓN

Don de nuestra mente.

LA oración es el homenaje del hombre todo, de su ser y de todas sus facultades á Dios. Por consiguiente, debe empezar con una ofrenda de nosotros mismos á la Majestad divina, para penetrar así en el verdadero espíritu de la oración. La cual es una visita de homenaje, un reconocimiento de la grandeza de Dios y de nuestra dependencia; luego lo primero que hay que hacer es prosternarnos interior y exteriormente, para rendir á Dios el acatamiento de todo nuestro ser, de nuestra alma, de nuestra mente, de nuestro corazón.

Este homenaje debe ser profundo, silencioso; es el acto de la adoración anonadada: como en el cielo, donde, sin decirse nada, se declara todo.

Hay, pues, que callarse primero, adorar y anonadarse en presencia de Dios.

I.— Mas después de esto comienza la meditación propiamente dicha, que es un ejercicio de santificación de nuestras facultades, en que van á operar la mente, el corazón y la voluntad. Por lo que atañe al cuerpo hay que adormecerlo todo lo que se pueda,

ponerle en sosiego, pues si se le hace sufrir demasiado, dificultará la acción de las facultades.

La primera que debe ejercitarse en la oración es nuestra mente, la inteligencia, la razón, esa facultad que percibe las relaciones de las cosas, que las aprehende y forma en nosotros los conocimientos.

Ahora bien; es menester santificar la mente, sobrenaturalizar la inteligencia, cuya educación espiritual sólo Dios efectúa cuando en la oración se comunica con ella. La mente que no ha recibido la lección de Dios en la oración, que no ha sido quebrantada y rehecha por la oración, nunca tendrá más que una educación sobrenatural defectuosa; así es que no confiéis mucho en quien no se haya acostumbrado á entregarse á este ejercicio. Lo más que los libros y los maestros pueden enseñar es el método de la oración; ellos son los que introducen en el santuario; mas allí debe el hombre entregar su mente á Dios, pues sólo Dios puede llenarla con su divina luz y realizar su sobrenatural educación.

Únicamente esto puede formar almas fervorosas; por lo cual no deberían ser admitidos á Comunión frecuente sino los que hacen oración; pues sin ella, recibirán á Nuestro Señor, mas no sabrán conversar con Él; no penetrará en la mente de ellos, porque no se les descubre; permanecerá como en antesa-la y no ingresará en el fondo del corazón: no será alimento ni vida del alma, que nunca se transformará en Él, abandonando su propia vida natural, sus juicios y afectos para revestirse con la vida, afectos, pensamientos y virtudes del mismo Jesucristo.

Luego para meditar, y vuelvo á lo que iba diciendo, principiad haciendo consideraciones y formando pensamientos en vuestra mente; estudiad, medita-

con atención, recordad, comparad, golpead los pedernales para sacar la chispa luminosa. Este ejercicio de la mente es esencial, pues producirá el afecto del corazón; aunque es más importante que el mismo afecto que no podría encenderse ni durar si la mente, que es su foco, no estuviese bien alimentada. Amase lo que se ve: así en el cielo, la visión de Dios es la que causa la unión, la transformación y la bienandanza; el conocimiento de un objeto produce en nosotros el objeto, y no podemos sentir el contacto intelectual de una cosa sin adherirnos á ella con nuestro corazón y nuestro amor: todo estriba, pues, en el conocimiento, que es el fundamento, manantial y foco de la oración. Ver es amar y es poseer. La causa de que la piedad en nuestros días sea débil y poco profunda, es que se atiende á muchas prácticas, con menosprecio de la principal; se acalora el sentimiento, pónese á hervir la imaginación, mientras que la mente no se fija mucho, ni se la obliga á reflexionar bastante, á estudiar, á profundizar, así es que se cae en las piedades rutinarias; yendo hacia ellas el corazón y la voluntad por costumbre, por una especie de instinto y de necesidad contraída, pero sin que por dentro haya ni solidez, ni profundidad, ni gran generosidad, en tanto que allí falta el alimento de la mente que proveería de nuevos motivos, los renovaría incesantemente, mostraría á Dios con más claridad y todo cuanto le debemos.

La mente es el asiento de la fe, y la fe es la que recibe la marca de Dios y la comunica al corazón, siendo en la fe donde reside Dios especialmente, mucho más que en el corazón y la voluntad. Los movimientos del corazón varían sin cesar, y la volun-

tad tiene más ó menos entusiasmo según muy diversas circunstancias; mas la luz de la fe es invariable, porque procede de la verdad de Dios y descansa sobre lo que Él es, sobre su palabra, y domina todas las disposiciones y los estados todos del alma.

Esta luz de la fe es la que mantiene, eleva y dirige el alma, y es la recompensa de la felicidad. «Si cumplís mis preceptos—dice el Salvador,—vendré y me mostraré á vosotros.» Lo que promete es la luz. Esta luz de fe jamás se apaga; no hay viento humano capaz de extinguirla, y es el faro que se percibe inmóvil en medio de las más violentas tempestades del corazón y de los sentidos, y grabada en nosotros, encendida en nosotros por el mismo Espíritu Santo, sostiénese allí á pesar de todos los trastornos.

No quiero decir que tan enteramente sea necesario separar del corazón la mente, que pueda uno contentarse con las luces de ésta, no; sino que por el contrario, la luz recibida en la mente, formada en ella, debe bajar al corazón y en él estacionarse para que la voluntad tome allí las nuevas fuerzas que necesita. Como hay unidad en nuestro ser, no podemos aislar nuestras facultades entre sí, que se sostienen, auxilian y son todas necesarias para perfeccionar nuestras operaciones vitales.—Mas si quiero decir que hay que emplear con actividad la mente, llenarla de Dios por medio de la fe, porque es el principio de todo, y antes de digerir los alimentos y utilizar las fuerzas que dan al cuerpo, hay que recibirlos primeramente, tomarlos, y ésta es la función de la mente.

San Pablo, convertido por Jesucristo, es en el acto mismo de su conversión una imagen completa de la meditación. El Señor le derriba y se da á conocer:

Quis es, Domine? Al mismo tiempo le toca: «Soy Jesús, Jesús á quien persigues.» Su corazón se conmueve, porque ha distinguido á Jesús, á Jesús crucificado, é inflamándose su voluntad, exclama: «Señor: ¿qué queréis que haga?»

II. ¿De qué manera ejercitaremos nuestra mente? Primero hay que preparar asunto para la oración, siendo preciso saber cuál será; pues aunque no se necesite conocer de antemano todo lo que habremos de decir, es necesario saber determinadamente sobre qué cosa versará la meditación.

En seguida hay que marchar de lo conocido á lo desconocido, de lo natural á lo sobrenatural; es decir, que deberéis servir de todo lo que sabéis para facilitar el estudio de la verdad que os habéis propuesto.

De fijo tenéis siempre algunos pensamientos, algunos recuerdos de lecturas ó lecciones sobre los misterios y las verdades de la Religión; pues bien, utilizadlos para principiar, aplicándolos á vuestro asunto; alguna luz más brillante saldrá de su acercamiento á la verdad que consideréis actualmente, la cual tiene la virtud de que, tocada, golpeada, producirá su chispa, y agrandándose poco á poco la luz, Nuestro Señor se manifestará á vuestra buena voluntad.

Á lo menos tomad como punto de partida vuestra miseria, ó cualquiera verdad negativa, si carecéis de dato alguno positivo tocante al misterio ó verdad que consideráis: mirad cuánta falta os hace, cuán lejos estáis de ella, qué grande es la fealdad del vicio opuesto; descubrid algo, estableced alguna relación que ligue vuestra mente á vuestro asunto; con lo cual se adhiere á éste vuestra mente y siempre

acaba por internarse en él más o menos, porque la gracia responde con fidelidad á la buena voluntad humilde y recta.

Lo que no habéis de hacer es cosa que sobrepuje á vuestras fuerzas intelectuales, y así no intentéis meditar como Bossuet, si carecéis de su genio.

En cambio, asíos bien á estas dos llaves de la meditación, á estos dos procedimientos, para la verdad negativa el uno y para la positiva el otro:

Arranca el primero del conocimiento de la propia nada, de los pecados, tentaciones y miseria propios, en una palabra: el alma que parte de esta verdad y comienza por ella su meditación, tiene siempre en qué ocuparse, y cuenta en todo caso con un punto conocido donde poner el pie y desde allí lanzarse hacia las verdades divinas: éste, que es el método más fácil, es bueno porque nos asienta en la humildad, y siempre es provechoso retornar á la vista el fango propio, para no olvidarse uno de su origen.

Por el contrario, el método positivo éntrase inmediatamente en la verdad considerada en sí misma, en el amor del misterio, y sobre todo se dirige á exaltar á Dios, á reconocer su amor, sus atributos en tal misterio, sus perfecciones en tal virtud, la gloria que de ella le redunda, la perfección con que la practicó JESUCRISTO.

Si, por ejemplo, meditáis acerca de la muerte de Nuestro Señor, el método de amor positivo os conduce á pensar inmediatamente en el inmenso amor que en ella manifiesta, á ofrecer á Dios la gloria que su justicia y majestad obtienen de aquélla; en suma, os mueve á que contempléis el amor, la gloria, á Dios ó á JESUCRISTO en sí mismos.

Por el otro método, el alma no ve en esta muerte

sino sus pecados, que la han causado, y examínandose, indaga cuál de sus pecados ha sido la causa especial de los sufrimientos y muerte del Hombre Dios, sumiéndose entonces en el arrepentimiento y en la humillación personal.

Vemos, pues, que el positivo adora, exalta á Dios en sí mismo; el negativo se ve á sí mismo en Dios.

¿Cuál es preferible? —No conviene establecer comparación entre dos métodos que proceden del Espíritu de Dios y que conducen á amarle; además de que en la práctica casi no conviene separar el uno del otro.

Lo que se puede decir á vosotros que no sois convertidos de ayer, es que si deseáis llegar antes al recogimiento y uniros más íntimamente á Dios, os aprovechará más no reconcentraros tanto en vosotros mismos y no siempre levantar vuestras miserias entre Dios y vuestra alma. —Gústeos preferiblemente ver su bondad y amor y contemplarle en sí mismo y en sus razones divinas; después de eso podéis entrar con vosotros. —Complacéos en ver la virtud en JESUCRISTO, en estudiar la perfección é intención con que la practica; nutrid, en una palabra, vuestra alma de Dios mismo, pues esto os levantará progresivamente hacia Él, y os dará mayor fuerza de expansión; dejad á cargo de nuestro Señor el colocaros en el método negativo, mostraros vuestras miserias y sumiros en vuestra nada; que no dejará de hacerlo, como en el Tabor, entre los esplendores que le cercaban, mostraba á sus Apóstoles la exuberancia de sus humillaciones y sufrimientos.

Reservad el método negativo para las horas de trabajo, fatiga é impotencia, cuando vuestra mente carece de fuerza para subir á la altura desde donde

se contempla la verdad pura y se ve á Dios y las cosas en sus razones divinas.

Resultará de esta práctica que aprovecharéis más el tiempo en la oración; que tendréis más delicadeza con Dios, cumpliréis más decorosamente los deberes de la amistad y seréis menos egoístas; porque almas hay que jamás dicen á nuestro Señor una palabra tocante á Él, que le saludan apenas, ningún homenaje le rinden, ocupadas por entero en sus propias necesidades, presentándose únicamente para mendigar al punto, y desde la puerta. ¡Vosotros sed hijos, amad y conversad!

Complaceréis á nuestro Señor hablándole de Él, tratando algo de sus intereses; así tocaréis en su Corazón, como aquel leproso que, de diez, fué el único que volvió á darle las gracias por su curación, y al cual alaba por haber glorificado á Dios. Este pobre leproso es un ejemplo de amor positivo en la oración: veamos cuán sensible se mostró el Señor para con Él. ¡Pues vosotros también glorificad á Dios!



LA ORACIÓN

Don de nuestro corazón.

HEMOS dicho que la meditación es el homenaje del hombre y de todas sus facultades á Dios y la santificación del hombre por Dios; ya vimos de qué manera habría de conducirse en ella la mente; hablemos ahora del corazón.

I. La mente se asemeja en su oficio á la aguja que introduce el hilo en el tejido para en él figurar el bordado; primero entra la aguja y lleva el hilo, pero el hilo se queda solo. Lo mismo pasa con el afecto del corazón; el cual afecto debe permanecer y si de tanta excitación es objeto la inteligencia, no es sino para calentar y mover el corazón por los motivos de fe y amor más capaces de conmovérle, pues el corazón sigue y abraza lo que la mente estima y le señala como bueno.

Por consiguiente, es necesario que el afecto se halle en relación con la reflexión, de la cual sea consecuencia natural y á modo de complemento; algo así como despliegue y florescencia. Basta un escaso número de pensamientos para una buena